CP
SEF

La cotidianidad interrumpida

Testimonios de los bombardeos a la Plaza de Mayo

A. Abate, S. Belvedere, R. Cemborain, E. Constantino, N. B. Espíndola, M. Fernández Rodríguez, A. Macri Markov, Ma. R. Milo, I. Tomba, M. Velázquez, M. Velarde (Compiladores)

e F F L
FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

La cotidianidad interrumpida

COLECCIÓN PUENTES CP
Serie Extensión y Formación SEF

La cotidianidad interrumpida

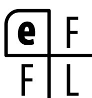
Testimonios de los bombardeos a la Plaza de Mayo

A. Abate, S. Belvedere, R. Cemborain, E. Constantino, N. B. Espíndola, M. Fernández Rodríguez, A. Macri Markov, Ma. R. Milo, I. Tomba, M. Velázquez, M. Velarde (Compiladores)

Equipo de edición: Programa Memorias Recientes (Enzo Constantino, Marisol Fernández Rodríguez, Anabella Macri Markov y Malena Velarde). Participantes del Seminario UPAMI "Memoria, Escritura y Testimonio" (Alejandro Abate, Susana Belvedere, Raquel Cemborain, Norma Beatriz Espíndola, María Rosa Milo, Irma Tomba y Mirta Velázquez).

Edición textual de testimonios: Alejandro, Bernardo, Beatriz, Guillermo, Irma, Laura, Liliana, Raquel, Rubén, equipo de Memorias Recientes y equipo de Relatos Libertadores.





Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección Puentes
Serie Extensión y Formación



Imagen de tapa: Mariela Beker "Cuidado con lo que deseás", microfibra sobre acetato, 2020. Serie de dibujos realizados como parte del Proyecto de Investigación "Laboratorio de audiovisual experimental con tecnologías de realidad virtual" (Ricardo Pons y Mariana Lombard, UMSA).

ISBN 978-987-8927-12-1

Subsecretaría de Publicaciones
Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina
Tel.: 5287-2732 - info.publicaciones@filo.uba.ar
www.filo.uba.ar

La cotidianidad interrumpida : testimonios de los bombardeos a la Plaza de Mayo / Enzo Constantino ... [et al.] ; prólogo de Miguel Colombo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2022.

82 p. ; 21 x 14 cm. - (Puentes / Extensión y formación)

ISBN 978-987-8927-12-1

1. Memoria Social. 2. Derechos Humanos. I. Constantino, Enzo. II. Colombo, Miguel, prolog.
CDD 323.0982

Índice

En memoria de Mirta Graciela Velázquez.

Presentación

Américo Cristófalo

Este precioso trabajo acerca de la construcción de una trama testimonial polifónica y de la hipótesis de que esa colección de relatos y voces, que recuerdan los bombardeos del 16 de junio de 1955, tenga relieve e incidencia en relación con un conjunto mayor, el de la memoria histórica colectiva, se inscribe de inmediato en un complejo nudo de preguntas y acciones que, en este país, tienen ya una larga tradición. Sobre todo si se piensa, como pensamos, que alrededor del testimonio, de los discursos de la memoria, de su fragilidad, esa delicadísima potencia memorial que constituye la lengua de la víctima, se dio forma argentina a las prácticas políticas y jurídicas que condenaron y condenan el terrorismo de Estado. Sin hacer explícita la secuencia que va de los aviones del 55 a los de la última dictadura —los primeros a vuelo bajo sobre Plaza de Mayo y el centro de Buenos Aires, los segundos en vuelos de la muerte sobre el Río de la Plata— y aunque haya una serie de enormes diferencias de contexto, de forma y magnitud, en los textos que aquí leemos, no puede evitarse la resonancia entre unos y otros. Una resonancia cuyo centro común es la violencia criminal

desatada contra los pueblos orientados en el sentido de su emancipación. Son acciones que pertenecen a la memoria de una vasta guerra contra la vida popular, una guerra que ha sustituido ahora el método militar por otros de ataque judicial, informativo, corporativo (no otra cosa sino un acto de guerra es la deuda contraída con los poderes financieros que limitan y subyugan la soberanía popular), pero que seguramente retomará el uso de la metralla, el fusilamiento y la tortura cuando resulte necesario. Es de alguna relevancia insistir sobre esto último en un tiempo —este— en el que ha emergido una oscura agitación de las derechas que no se priva de apelar a discursos negacionistas, ni de anunciar horizontes de amenaza violenta.

La publicación de estos testimonios suscitados alrededor de la pregunta "¿qué estabas haciendo el 16 de junio de 1955?", dirigida a un grupo de personas con capacidad de recordar el momento, en un registro que va de la infancia a la juventud, pregunta en apariencia sencilla y trabajada colectivamente, abre un enorme campo de meditación a propósito de lo que puede pensarse como una poética de narración de la experiencia: de qué modo la memoria retoma y hasta qué punto traduce un acontecimiento vivido. Son relatos en los que se iluminan planos de la vida familiar, doméstica, escolar y del trabajo, con observaciones de perplejidad y de intensidad dramática variable, de interrogación social, política e ideológica, y muy insistentemente portadores de una autoconciencia que refiere el olvido, el silencio público y el carácter de objeto perdido en el que inmediatamente cayeron los bombardeos, aun a pesar (o mejor *a causa*) de la gravedad histórica que comportaban. Relatos de movimiento, de corridas, de escombros y viajes por la ciudad que llevan las huellas de su conmoción. Relatos que conectan con archivos de imágenes (la arquetípica del *trole* destrozado, fuertemente evocada en muchos

de ellos) y de trabajos y precisiones historiográficas conocidos más recientemente. En todos ellos, de lo íntimo a lo social, recorremos una fluctuación insalvable de la memoria: su deseo vital, pero secreto, de documentar la experiencia completa, o el de fijarse a un límite y mantenerse en una promesa reparadora. Es en este doble motivo crucial que leemos el precioso ejercicio que aquí se presenta bajo la forma de "mosaico", vale decir: como reunión de un conjunto de partes, fragmentarias, que persisten en su separación aunque busquen redimirla. Complementada por rigurosos comentarios de quienes coordinan el trabajo del programa "Memorias Recientes" y por un texto de Miguel Colombo, autor del documental *Proyecto 55*, esta publicación es el resultado de las múltiples contribuciones de la Facultad de Filosofía y Letras a los debates sobre los sujetos de la memoria y la acción popular colectiva que la sostiene en su mayor rango de vitalidad y expresión. Celebrémoslo.

Prólogo

Miguel Colombo

En el año 2020, al poco tiempo del comienzo de la pandemia de Covid-19, me invitaron a compartir una charla con los integrantes del programa Memorias Recientes a raíz de la visualización que ellos habían realizado de mi película *Proyecto 55*. Un tiempo después me ofrecieron escribir este prólogo y pensé que era una buena oportunidad para reflexionar acerca del cruce entre el cine documental y el registro de la memoria.

Conocí la historia de los bombardeos de 1955 sobre la Plaza de Mayo y otros objetivos cercanos cuando tenía alrededor de veinte años. Sentí una sorpresa e incredulidad mayúsculas. ¿Cómo podía ser que no hubiese conocido antes un hecho tan impactante como un bombardeo aéreo sobre la capital de nuestro país? Ese primer estupor ya no me abandonaría, y sería la semilla que con el tiempo dio como fruto la película *Proyecto 55* y muchas reflexiones sobre la memoria y su dinámica.

Años después de saber de los bombardeos —vale aclarar que luego de investigar para la película, comencé a hablar de "los bombardeos" en plural, ya que fueron tres las

pasadas de los aviones arrojando bombas sobre la ciudad— se me ocurrió preguntar a algunas personas cercanas, que por su edad habrían sido contemporáneas de los hechos, qué sabían y qué recordaban. Mi asombro inicial creció al comprobar que muchos de los recuerdos que obtenía eran vagos. "Sí... cayeron unas bombas, creo..." me dijo alguien, y me llamó la atención la conjugación verbal "cayeron", como si lo hubiesen hecho por sí mismas. "Me acuerdo algo de que explotaron un colectivo", me dijo otra persona. Y otra vez me resultó llamativa la gramática utilizada: "explotaron". ¿Quiénes? ¿De qué forma? ¿Por qué? Los bombardeos parecían perdidos como un hecho menor en el océano de la memoria colectiva. Me costaba creer que algo tan traumático y de tal magnitud —14 toneladas de bombas y casi 400 muertos en cinco horas— no estuviese más presente, no solo en los recuerdos individuales sino también en los oficiales en forma de actos, publicaciones o monumentos. De esto último no parecía haber gran cosa y lo poco que había era preciso buscarlo con mucha dedicación.

Busqué también en mi familia. Mi padre, que tenía 14 años en ese momento, sí tenía un recuerdo vívido, aunque muy breve, una única imagen. Me contó que aquel 16 de junio estaba visitando a su hermana en el barrio de Villa Crespo. En un momento escucharon aviones y subieron a la terraza. Allí vieron pasar escuadrillas de Gloster Meteor en vuelo muy bajo en dirección al centro. Nada más... ni nada menos. Escuadrillas de aviones caza de última generación en vuelo casi rasante en dirección al centro de una ciudad en la que no hay ningún conflicto bélico en curso ni hipótesis alguna de conflicto en el corto, mediano o largo plazo.

Esa sucesión de memorias breves o imprecisas terminó de impulsarme a la realización de *Proyecto 55*. Necesitaba encontrar recuerdos más precisos y minuciosos que me ayudasen a entender qué había sucedido ese día, por qué y

qué rastros había de aquel hecho en el presente. En ese momento incluso el recuerdo de mi padre, más claro y cercano a mí que otros, me parecía poco relevante y demasiado pequeño para lo que yo pretendía conocer y comprender. Fue mucho después, incluso luego de finalizar la película, que comprendí la potencia de ese recuerdo. Hoy este libro viene a confirmármelo.

Los recuerdos compilados aquí, al igual que el de mi padre, son indicios de una elocuencia arrolladora sobre un hecho brutal y público cuya memoria, por diversas razones, se volvió esquiva. He aquí lo conmovedor y relevante de este trabajo, que recoge una gran cantidad de esos recuerdos, en apariencia pequeños, comprendiendo que cada uno de ellos constituye una pincelada de un inmenso fresco cuya potencia expresiva, una vez que todas las piezas están juntas, es enorme.

Durante el proceso de investigación para *Proyecto 55* me preguntaba por qué encontraba tan pocos rastros en la memoria popular de un hecho tan virulento. ¿Se había naturalizado por la sucesión de violencias que continuaron ocurriendo con frecuencia hasta culminar en la dictadura de 1976? ¿O había sido silenciado expresamente por alguna razón? Tres meses después de los bombardeos, los sectores que promovieron y lideraron el ataque triunfaron en un golpe militar. ¿Se encargaron de que no hubiese rastro de los bombardeos o fuesen minimizados desde la mirada oficial? Indudablemente sí, pero ¿por qué se difuminaban en las memorias individuales? ¿Era eso producto de contextos que no habilitaban la producción de esa memoria o directamente la prohibían? En los materiales que componen este libro encontré inquietudes similares y muchas respuestas abordadas con rigurosidad y compromiso.

Leyendo estas páginas vi también el reflejo de otra preocupación que me acompañaba durante la realización de

la película, cuando trataba de analizar el hecho violento más allá de la coyuntura política, indagando en algo que en este libro se menciona como "las posiciones anti-otro" que "merecen ser tratadas para sanar". La posibilidad, largamente ejercida en la historia de la humanidad, de aniquilar al otro como opción ante una diferencia de cualquier índole me resulta sumamente perturbadora. En mi caso me obsesioné por las bombas y llegué a utilizar imágenes de pruebas atómicas como la culminación del objetivo de la aniquilación total del otro. Aquí los bombardeos se abordan desde los recuerdos aparentemente "menores" de una cotidianidad alterada. Los testimonios gravitan en torno a tres ejes o espacios de relevancia fundamental en nuestra vida diaria: el trabajo, la infancia y el hogar. Recuerdos de personas que quizá no estuvieron en la plaza en ese momento, pero sintieron llegar, implacable, la onda expansiva del ataque. Memorias que a priori quizá el propio testimoniante juzga inacabadas o superfluas pero que son en realidad indicios fundamentales para la construcción del inmenso mosaico de la memoria colectiva, elemento constitutivo fundamental de la cultura de un pueblo.

Pareciera ser que registrar y publicar la propia memoria fuese una posibilidad reservada a los protagonistas de los hechos, a quienes estuvieron en el "centro de la tormenta" y por lo tanto recuerdan cosas que se perciben inmediatamente como relevantes. ¿Pero qué es relevante? ¿Cómo se determina la relevancia? Y la percepción de relevancia ¿no puede modificarse con el tiempo? ¿No podrían ir descubriéndose sucesivas capas de relevancia, como la piel de una cebolla o como las capas sucesivas de los yacimientos arqueológicos? ¿La arqueología no trabaja, acaso, con fragmentos de enseres cotidianos y a partir de ellos es capaz de reconstruir las características de una cultura completa?

Mi labor de documentalista me enseñó rápidamente que el testimonio por definición es inacabado, fragmentario e inestable, y que la memoria es un proceso dinámico, en constante construcción. En este libro, construido sobre testimonios, se sostiene que "la memoria es fragmentaria y múltiple" y que toda selección es un recorte y un reordenamiento. Nada más parecido a la labor del cineasta documental, que registra fragmentos de realidad, que siempre serán inacabados y múltiples, para luego seleccionarlos, recortarlos y reordenarlos formulando uno de los tantos relatos posibles sobre esa realidad registrada. Un relato propio y consciente que construye una parte de nuestra memoria común.

Memoriar para elaborar, transmitir y elegir el propio destino es un derecho de todos. Y una deuda que este libro comienza a saldar con todos aquellos que vivieron o sufrieron la "onda expansiva" de los bombardeos de 1955. Este mismo libro es quizá una experiencia memorable en sí misma: un trabajo de años recolectando pequeños testimonios individuales para que juntos conformen un extenso mosaico, en el que cada fragmento constituye un píxel, breve pero fundamental, de una imagen total que debemos conocer, comprender y sanar para que en algún momento las posiciones "anti-otro" dejen de repetirse en sus distintas formas.

Introducción

No son truenos, son bombas

Alejandro Abate, Irma Tomba, María Rosa Milo,
Mirta Velázquez, Norma Beatriz Espíndola,
Raquel Cemborain y Susana Belvedere

La memoria no es lo que recordamos,
sino lo que nos recuerda.
La memoria es un presente que
nunca acaba de pasar.

Octavio Paz

Cada uno cuenta las cosas como le viene
en ganas… Además la memoria es algo extraño,
también está eso, no hay que olvidarlo; yo misma
a pesar del esfuerzo que hago para contarte
todo tal cual fue, a veces tengo mis lagunas,
las historias se mezclan unas con otras.

María Teresa Andruetto
Los Manchados

Cuando nos aproximamos a la historia reciente de nuestra experiencia común como argentines nos arriesgamos a encuentros y desencuentros de los que hemos sido protagonistas dentro y fuera del taller de Relatos Libertadores o de Memorias Recientes. Nuestra memoria, nuestras memorias, son partícipes, parece, de esa construcción a la vez social e individual que es la cultura y que como tal nos condiciona o nos formatea de alguna manera. Ese ir y venir de

nuestro memoriar es la materia crítica sobre la que se han construido nuestros testimonios.

Nos hemos aproximado así a la experiencia histórica tomando conciencia de nuestros parecidos y de nuestras diferencias. Hemos puesto en palabras varios componentes de lo que se llama "espíritu de época"; de épocas vividas y calladas. De épocas batalladas. Memorias y desmemorias se deshilan en nuestros relatos dando testimonio colectivo de haber vivido en tiempos presentes, pasados y futuros desde lo más profundo de nuestra individualidad y desde lo más colectivo de nuestras experiencias.

Somos un grupo de participantes inscriptes en un curso de la Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) articulado con el Programa UPAMI, Universidad para Adultos Mayores del Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados (INSSJP). La existencia de un programa como este, dedicado a la población de la tercera edad, es una oportunidad de enriquecimiento tanto para quienes formamos parte de les participantes como para quienes se responsabilizan de vincular el contexto universitario con el territorio y sus habitantes.

Cuando se asocia la memoria personal y colectiva con hechos que han integrado la historia reciente, se experimenta la construcción social. Al hacerlo con docentes universitaries con trayectorias formativas diferentes, el diálogo se instituye como metodología de construcción.

Es así que términos como *memorias*, *contramemoria*, *silencio*, *testimonios*, *pasado*, *presente*, *futuro*, *autoría*, *denuncia* o *edición* se fueron modificando y ganando sentido. Al mismo tiempo, memoriar, memorizar, contrastar recuerdos y vivencias puestas en palabras significa, desde nuestro punto de vista, la posibilidad de trabajar los traumas sociales que arrastramos como colectividad: la

brecha y las posiciones anti-otro merecen ser tratadas para sanar.

El proceso de edición de testimonios llevado a cabo en el segundo cuatrimestre del año 2019 se desarrolló con la coordinación del equipo docente y el apoyo de bibliografía que aportó información sobre el Bombardeo a la Plaza de Mayo del 16 de junio de 1955.

De esta manera le encontramos legitimidad y sentido a nuestro trabajo, al recuperar lo narrado por múltiples voces y dar a conocer uno de los hechos más sangrientos y simbólicos de nuestra historia reciente, cuando un grupo de militares insurrectos con gran odio a un gobierno y sus dirigentes no tuvo ningún prurito en bombardear desde las alturas con total impunidad o en masacrar a más de trescientas personas inocentes que transitaban esa zona de Plaza de Mayo y sus alrededores.

Asimismo, como actividad suplementaria que ayuda a la comprensión y alcance de los testimonios a través de la historia, compartimos con les docentes el documental *Proyecto 55*, donde se pueden ven fotos y datos hasta el momento inéditos. Tener acceso a estas fotos y filmaciones de los destrozos de los edificios nos dio una idea del daño que sufrieron les ciudadanes que circulaban en las cercanías. Leer y releer los testimonios sigue conmocionándonos y nos lleva a preguntarnos cómo fue posible que estos hechos fueran ignorados y silenciados por tanto tiempo.

A partir de la indicación de organizar los testimonios recopilados según los ejes “Hogar”, “Infancia” y “Trabajo”, nos dedicamos a identificar en cada uno de ellos cómo se instalaba el relator de la experiencia. Se partió de una base común sobre ideas acordadas durante las clases, considerando que los testimonios referidos se construyeron desde conceptos significativos de los hechos sociales y/o políticos. Se tuvo en cuenta, además, que, a toda memoria construida

a través del tiempo, se le agregan intervenciones de las experiencias de vida, ya sea desde el punto de vista ideológico o del simple sentido común. Un individuo que recuerda un hecho de su infancia o primera juventud después de algunos años le suma la condición de durante, a través y ahora a la construcción del relato.

Cuando se memoriza a través del tiempo y desde una interpretación como adultes, se conforma otra noción de lo que un hecho representa y es por eso que nos abocamos a la relectura de los testimonios de los años 2014, 2015, 2016 y 2018. Las historias cruzadas de niñes, adolescentes y jóvenes adultes en esa época se entrecruzan con las vivencias y recuerdos propios y comenzamos a verlos desde diferentes ángulos, a valorar la palabra expresada, la palabra escrita, su autoría y complejidad. Afinamos nuestra mirada, animándonos y comprometiéndonos a la edición de estos testimonios que, de alguna manera, también son nuestros.

El programa de extensión universitaria Memorias Recientes tiene como objetivo promover las relaciones entre universidad y sociedad, centrándose en el protagonismo de sus integrantes en las trayectorias académicas y el desarrollo de saberes de la comunidad. Esta importante relación se pone de manifiesto en este taller de UPAMI donde nosotres tenemos la oportunidad de brindar testimonios sobre hechos de nuestra historia reciente, apreciando el valor de nuestro aporte. También nos sentimos estimulades a realizar la edición de dichos testimonios por la adecuada incorporación de las herramientas pertinentes.

Es insoslayable pensar que, si de memoria se trata, le toca también a la universidad, como uno de los lugares de producción de conocimiento, la tarea de reconstruir los lazos de la historia nacional, la personal, la recordada, la olvidada y la que ha sido objeto de olvidos provocados. En primer lugar, estas actividades de extensión nos agudizan la vista

y el oído: accedemos a la UBA, una universidad radicada en la ciudad capital (valgan ambos conceptos) que a través del trabajo de extensión se enriquece por interactuar con habitantes de dentro y fuera de la misma.

Es la Facultad de Filosofía y Letras la que quiere compartir con sus alumnes y la comunidad estos testimonios. Sentimos que se hará justicia con tanto olvido. Memorias Recientes no quiere olvidar.

Trabajo

> Soy de origen obrero y mi aristocracia es la del trabajo.
>
> Elena

Cuando definimos el eje del trabajo, nos referimos a una actividad humana productiva y remunerada, donde se establecen relaciones sociales, en las cuales un individuo intenta resolver sus necesidades materiales de existencia.

En 1946, Juan Domingo Perón es elegido Primer Mandatario de la Nación. Se inaugura así un momento fundacional de la Argentina, en donde se afirmaron las relaciones laborales a través de la disputa y conquista de derechos que eran legitimados por el Estado. En lo económico, se inicia una política de sustitución a la importación y un proceso de industrialización donde era necesaria mano de obra calificada. Se estimula la inmigración, y Buenos Aires y el conurbano[1] cambian su rostro con la llegada de inmigrantes de Europa y de migrantes provenientes de los distintos rincones del país, atraídos por la oferta de trabajo, sobre todo en lo relacionado a la industria textil, siderúrgica, militar,

1 Plan Quinquenal 1947-1951.

de transporte y comercio exterior. En este contexto, se da la incorporación significativa de mujeres en el ámbito laboral, principalmente en la industria textil, tabacalera y de servicios. Contamos con testimonios recientes de hoy personas mayores, que en el momento del bombardeo se encontraban en sus lugares de trabajo.[2] Nuestra lectura dialogará con esa circunstancia y el hecho trágico que nos convoca: el bombardeo de 1955.

En la multiplicidad de voces que encontramos en los testimonios están aquellas de quienes en 1955 tenían entre 16 y 24 años y el 16 de junio se encontraban en sus lugares de trabajo, cerca de la Plaza de Mayo, en empleos públicos como el Ministerio de Marina y el Correo o en empresas privadas y comercios.

Aviones sobrevolando, ametrallando, bombardeos, sirenas, estruendos, miedo, pánico, temblor de los edificios, personas ensangrentadas. Mucha gente en la calle, caminando, corriendo. Una hija que recuerda que su padre salvó su propia vida porque perdió el trolebús donde murieron todos sus pasajeros por una bomba.

El bombardeo fue un hecho sorpresivo, de una violencia inusitada sobre la población civil de quienes tenían la misión de preservar a la Nación y a sus integrantes: "¿dónde estaba el honor de los militares, si creían que matando gente inocente podrían apresarlo (a Perón)? Entonces para mí no es una Revolución Libertadora".

Al mismo tiempo, si observamos las relaciones en el trabajo, encontraremos muestras de la indefensión de les trabajadores a quienes, tras el hecho sorpresivo, sus empleadores les permitieron únicamente abandonar su trabajo a pie bajo los bombardeos, quedando en soledad en la calle, corriendo o caminando.

2 En las fábricas de capitales extranjeros entre 1946-1947, el 30% eran mujeres trabajadoras.

Infancia

Dentro de los testimonios también encontramos algunos contados en primera persona y desde el punto de vista de la infancia, pertenecientes a niñes que en ese entonces tenían no más de quince años.

Observamos que algunos testimonios dados por adultes, desde su recuerdo infantil del día mencionado, brindan una versión sencilla del acontecimiento, sin opinión formada al respecto. En otros casos, se destacan las opiniones de niñes pertenecientes a familias influyentes o involucradas en una actividad ya sea social o política, que reproducen lo que se percibía en sus hogares o escuchaban de sus mayores.

Estas expresiones de quienes en ese momento eran menores se ciñen a contar el recuerdo de lo que elles interpretaron de lo que pasó ese día. A veces referido a algo que quizás no tenga que ver con el hecho en sí mismo, sino con el efecto que causó en el seno de sus hogares.

Si consideramos que el medio de comunicación extrafamiliar por excelencia era la radio, y que la televisión todavía no formaba parte de la cotidianidad, el acceso a la información era escaso y provenía de familiares o vecinos, es decir, de personas cercanas.

Por otro lado, en varios relatos se menciona la escuela como un lugar relevante, ya sea por la edad o por la hora en que ocurrieron los bombardeos, coincidente con el horario de clase.

Esos detalles en la expresión actual de les adultes sobre una vivencia que protagonizaron en su infancia también nos dan una semblanza del espacio temporal, de las costumbres de cada familia o del entorno social y económico del cual provenían. También podrían ser elementos que nos brinden una percepción del modo en el que se interpretaba el mundo en la década del cincuenta.

Hogar

Al referirnos a 1955, es esperable que el entorno de quien da un testimonio sea el hogar, ya que les entrevistades o integrantes de seminario entre 2015 y 2019 no eran en aquella época mayores de veintiocho años.

Las experiencias humanas que se testimonian en estos relatos destacan recursivamente el hogar como espacio de procedencia pero sin dejar de interactuar con los ejes restantes. Todos están atravesados por la impronta de la violencia que irrumpió con su carga de destrucción y muerte sobre la Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955.

En la década de 1950, si bien las mujeres habían comenzado a participar del mundo laboral formalizado, todavía se dedicaban en mayor medida a las tareas domésticas y el cuidado de la familia. Es por eso que en este eje los relatos están marcados por una voz femenina, aunque quien brinde testimonio sea un hombre.

Consideramos que el hogar es un refugio seguro en donde se busca cobijo ante una situación dramática, en donde se guardan los secretos, en donde se puede comunicar desde la razón y el sentimiento. Aun cuando los conflictos hicieran difícil el diálogo, entendemos que la primera matriz de aprendizaje se desarrolla en la referencia cultural primaria del hogar.

Referencias

Andruetto, M. T. (2015). *Los manchados.* Random House.

Paz, O. (1997), Águila o sol. *Obra poética I (1935-1970). Obras completas*, vol. 11, pp. 145-154. México, Círculo de Lectores - Fondo de Cultura Económica.

Memorias Recientes

La edición de testimonios en la construcción de la memoria

Enzo Constantino, Anabella Macri Markov,
Marisol Fernández Rodríguez y Malena Velarde

Memorias Recientes es un programa de extensión de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires que propone un formato participativo para abordar acontecimientos del pasado reciente en la Argentina. Desde el año 2014, estudiantes y graduades recientes de la Facultad de Filosofía y Letras coordinan talleres y seminarios de edición de testimonios destinados a la comunidad, en particular, a adultes mayores y estudiantes secundaries.

Esta propuesta de edición testimonial surgió en el año 2014 en el marco de un taller de escritura creativa dictado por Malena Velarde en el centro cultural y comunitario "La Villalba", ubicado en el barrio de Colegiales. Dentro de este espacio, se propuso a les participantes que trajeran una fotografía que pudiera servir como disparador de la propia escritura. Así, varies de quienes asistían, en su mayoría, adultes de entre 60 y 70 años, presentaron fotografías de su infancia durante la década del cincuenta. Una de las participantes trajo una fotografía en la que una niña se paraba al frente de una parroquia abrazada por dos monjas. "Junio de 1955", decía en letra manuscrita.

Esta participante narró que esa fotografía había sido tomada días después de los bombardeos a la Plaza Mayo y la posterior quema de iglesias. El relato disparó la memoria de otres que participaban del taller y la consigna de escritura creativa se reformuló como un ejercicio autobiográfico sobre la infancia durante junio de 1955. El interés en compartir experiencias vinculadas a los bombardeos a la Plaza de Mayo motivó la organización de dos encuentros abiertos a toda la comunidad de "La Villalba". Los relatos que surgieron de estas actividades fueron transcritos para ser publicados en un blog del proyecto.

Tiempo después, la iniciativa fue fortalecida gracias al programa de "Proyectos de Reconocimiento Institucional" de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) que en ese momento ofrecía un marco institucional para proyectos de investigación dirigidos por estudiantes. Bajo el título "Relatos Libertadores. La imposición a la memoria como trauma", esta investigación buscaba explorar los vínculos entre literatura, memoria y subjetividad a partir de la recopilación de testimonios en torno al golpe de Estado de 1955. El proyecto contemplaba la realización de entrevistas grupales y la edición de los testimonios obtenidos.

En el año 2015, se firmó un convenio con "Abuelas Relatoras para la Identidad, la Memoria y la Inclusión Social" (PAMI y Asociación Abuelas de Plaza de Mayo, en adelante Abuelas Relatoras) para la realización de entrevistas grupales a participantes de los grupos "Juventud del corazón" (Chilavert, Buenos Aires), "Llamarada" (Boedo, CABA) y "Contá conmigo" (Vicente López, Buenos Aires), que realizan actividades vinculadas a la construcción colectiva de la memoria dentro del programa. La articulación con Abuelas Relatoras fue fundamental para llevar adelante las entrevistas grupales y los posteriores talleres de edición.

De este modo, se configuró un formato participativo para la recopilación, edición y publicación de los testimonios. El marco intergeneracional, que albergó una diversidad de experiencias y de trayectorias de vida promovió el diálogo en torno a qué saberes se consideraban válidos sobre el pasado reciente y cuáles habían sido silenciados o ignorados. La edición testimonial permitió llevar a la práctica estas discusiones puesto que exponía de qué manera se subrayaba, enfatizaba u omitía determinados sentidos sobre un acontecimiento. A la vez, posibilitaba la inscripción de nuevos puntos de vista. Iluminaron detalles y despertaron la imaginación de quienes no habían sido testigos del momento histórico.

La participación sostenida de personas adultas mayores en los talleres realizados desde el año 2014 y el diálogo con la coordinación del programa Abuelas Relatoras dio como resultado la conformación de un grupo de trabajo que enmarca a la actual composición del equipo, integrado por estudiantes y graduades de las carreras de Letras y Artes. De esta manera, quienes participaron de talleres y seminarios en años anteriores cumplen un rol activo en la organización y facilitación de las actividades. Esta característica del grupo de interesades en la escritura y edición testimonial ha sido fundamental en el sostenimiento del programa de extensión en el contexto de pandemia por el Covid-19, en donde la imposibilidad de acceder al edificio de la universidad puso en suspenso la realización del seminario programado para el año 2020. Sin embargo, la motivación de la comunidad de editores en continuar con las actividades promovió espacios de encuentro a través de videollamadas, la realización de una entrevista a Miguel Colombo, director del documental *Proyecto 55* y la publicación de un *dossier* en la revista *Espacios*, en donde participantes de talleres y seminarios presentaron sus artículos.

Editores de testimonios

Desde el año 2016, Memorias Recientes ha formado parte de la programación de seminarios UPAMI. Esta modalidad de seminarios, orientada a personas adultas mayores, es fruto de la articulación entre la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y el Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados (más conocido como PAMI). Entre el 2016 y el 2019, se dictaron seis seminarios cuyo objetivo era la edición de testimonios a partir de entrevistas grupales.

La experiencia de trabajo sostenido permitió indagar acerca de las múltiples expectativas de quienes participaban respecto al género testimonial. Por un lado, se hizo presente el interés de denunciar experiencias propias y ajenas del pasado violento de la Argentina. Por el otro, fue posible observar una expectativa de trabajo con la propia memoria, en el sentido de preservación y circulación de experiencias vividas y conocidas. Por último, se identificó la intención de poner en escena dichas experiencias en el ámbito universitario como espacio de validación colectiva.

En la séptima edición del seminario, en el segundo cuatrimestre del 2019, las actividades planificadas tuvieron como objetivo construir un formato colaborativo para la edición de un libro con testimonios de los bombardeos a Plaza de Mayo de 1955. El equipo docente y participantes del seminario conformaron una comunidad editora encargada de seleccionar testimonios, corregirlos y producir nuevos textos que los analizaran críticamente. Esta tarea, a su vez, estuvo atravesada por potencialidades y tensiones que se pueden relacionar, de manera parcial, con las expectativas mencionadas previamente.

¿En qué medida se puede editar un texto que busca preservar una experiencia de vida y al mismo tiempo ser

una fuente de denuncia? Este fue uno de los interrogantes fundamentales que recorrió el proceso de trabajo. Esta situación se vio potenciada en el vínculo intergeneracional que se construyó en un espacio de estas características; un vínculo en el que personas de distintas generaciones, que a su vez ocuparon distintos roles dentro del seminario, pusieron en juego sus experiencias de vida, sus saberes y sus opiniones alrededor de un acontecimiento y de un modo particular de trabajar con los textos. Lejos de ser interrogantes y tensiones que obstaculizaron la actividad, estos se convirtieron en objeto de reflexión acerca de las tareas realizadas.

La característica intergeneracional del grupo se advirtió en el modo de apropiación del espacio de construcción de conocimiento. Tanto el equipo de jóvenes graduades y estudiantes que forman parte de Memorias Recientes como las personas adultas mayores encontraron un espacio de validación de los saberes y del trabajo que es novedoso para el ámbito universitario. Por otra parte, la cuestión intergeneracional permitió equilibrar las asimetrías que pueden surgir a partir de realizar esta propuesta dentro de la universidad. No se trató de una compensación en la que un grupo aporta la experiencia de vida y otro grupo aporta el saber legitimado. Se trató, en cambio, de la construcción de un espacio horizontal en el que toda palabra cuenta para la producción de un saber.

Los bombardeos a la Plaza de Mayo de 1955

Los bombardeos del 16 de junio de 1955 tuvieron lugar durante el conflicto entre el gobierno de Juan Domingo Perón y la Iglesia Católica, a raíz de la sanción de una serie de normativas que intentaban regular prácticas del orden

familiar, como la ley 14.394 del Régimen Legal de Familia y Minoridad, que permitía el divorcio vincular. El 11 de junio, la jerarquía eclesiástica congregó a sus fieles en la Catedral Metropolitana, ubicada a metros de la sede de gobierno, para celebrar el Corpus Christi. Este evento no había sido autorizado en una primera instancia puesto que, según el calendario litúrgico, correspondía al día 9. Finalmente, el Ministerio del Interior autorizó la concentración únicamente dentro de la Catedral. Sin embargo, la procesión colmó la Avenida de Mayo. El evento religioso fue una marcha opositora que reunió a diferentes sectores de la sociedad. Se escuchó la proclama *Cristo vence*, visible pocos días después en el fuselaje de los aviones que lanzaron las bombas.

El 16 de junio de 1955 estaba previsto un espectáculo aéreo en el que se lanzarían flores en señal de apoyo al gobierno de Juan Domingo Perón. Con esta excusa, aviones de la Armada salieron de sus bases en Punta Indio. Al poco tiempo, se le sumaría una fracción de la Aeronáutica. A las 12:40, Néstor Noriega, jefe de la escuadra de la Armada, lanzó una bomba sobre la Plaza de Mayo. Sería la primera de los sucesivos ataques que tuvieron lugar hasta las 17:40. Una vez que se terminaron las bombas, los aviones comenzaron a ametrallar a la población.

"Aunque los pilotos jamás admitieron en público que el objetivo declarado era matar al presidente, un comando civil, Raúl Estrada, dijo que "el propósito era matar a todo el Gobierno", y Noriega afirmaría en 1971 que era "destruir materialmente la Casa Rosada" (ANM, 2010: 81). La cifra de víctimas fatales, trescientos nueve, fue reconocida por parte del Estado en el año 2015 a partir de la segunda edición del informe publicado por el Archivo Nacional de la Memoria. Las cifras de las muertes fueron silenciadas en las obras de divulgación historiográfica publicadas en la Argentina como aquellas de Tulio Halperín Donghi y José

Luis Romero.[3] ¿Qué efectos trae esta omisión? ¿De qué manera impacta en la memoria en torno a los bombardeos?

> Tal silenciamiento conlleva, por sus efectos sostenidos en el tiempo, ciertas formas de olvido, o dicho de otra manera, un cierto grado de inexistencia de lo ocurrido, en razón de que la masacre del 16 de junio no tuvo, hasta ahora, más que un mínimo grado de existencia en los discursos que —como los de la historia de divulgación— son aptos, por su legitimidad y por su llaneza, para ser escuchados, aceptados para la enseñanza y, sobre todo, con ciertas consecuencias de inscripción social de lo sucedido, es decir, hacer posible algo de transmisión. (Besse, 2015: 100)

Gonzalo Chaves (2003) también se pronunció en relación a este silencio. En su libro, *La masacre de la plaza de Mayo*, relata que una de las causas de este silencio, la más inmediata, fue que a los tres meses del hecho se produjo la irrupción de la dictadura autodenominada Revolución Libertadora que habría legitimado los bombardeos. El otro motivo fue la actitud del propio Perón, que buscó tender una mano de paz después de los bombardeos, en un gesto que no fue comprendido por el resto de las Fuerzas Armadas, y que se interpretó como "un gesto de debilidad", según Chaves. En cuanto a la cantidad de víctimas, este trabajo logró establecer con exactitud el nombre, el documento y el domicilio de más de trescientas personas fallecidas y setecientas heridas.

Con respecto a esta idea de que los bombardeos a la Plaza de Mayo habrían funcionado como una legitimación del golpe de Estado posterior, Daniel Cichero (2005), en su libro

3 Besse se refiere a las publicaciones *Breve historia de la Argentina* de José Luis Romero y *Argentina en el callejón* de Tulio Halperín Donghi.

Bombas sobre Buenos Aires, plantea una hipótesis similar. Para este autor, uno de los objetivos principales fue el de atacar a la población civil con el fin de imponer el terror y legitimar un método que meses más tarde, durante el golpe de Estado de septiembre de 1955, volvería a ser utilizado en los ataques a Ensenada, Mar del Plata y las amenazas de repetirlo en la Ciudad de Buenos Aires. Cichero busca demostrar esto, principalmente, a partir del análisis del abandono de la Casa Rosada por parte de Perón y de los múltiples bombardeos y ataques con ametralladoras que se dieron en la Plaza de Mayo, otros edificios estatales y sus alrededores.

La represión de la memoria de este acontecimiento y sus víctimas en los años posteriores estuvo asociada a la represión de la memoria del gobierno peronista. El decreto 4164, proclamado el 5 de marzo de 1956 por el gobierno de la autodenominada Revolución Libertadora, que prohibía la expresión de los nombres de Eva Duarte y Juan Domingo Perón, entre otros símbolos de este movimiento político, constituyó una dificultad para encontrar palabras capaces de representar la novedad del evento.

Broz y Settanni remarcan que la resignificación y recuperación de este acontecimiento en el siglo XXI trajo un *stock* de términos para caracterizar los bombardeos a la Plaza de Mayo, formulados a partir de otros acontecimientos históricos que, en algunos casos, incluyen conceptos como "violencia política", "genocidio", "masacre" y "terrorismo de Estado" (2015: 160). Lejos de intentar construir una respuesta unívoca sobre *qué fueron* los bombardeos, el recorrido por los alcances y límites de cada uno de los conceptos abre más preguntas. Como respuesta transitoria, estos autores proponen que los bombardeos de junio de 1955 están en una intersección entre estos conceptos.

Si nos remitimos a la coyuntura, observamos que lo inesperado y brutal de los bombardeos puso de manifiesto

la dificultad de su interpretación por parte de sectores de integraban el movimiento peronista. El análisis de los comentarios periodísticos del periódico *Democracia* el día inmediatamente posterior a los hechos revela que "enfrentados a la necesidad de interpretar el acontecimiento y sin la existencia de una voz oficial consolidada, cada enunciador apeló a sus propias matrices ideológico-discursivas, adquiridas y ejercitadas en las prácticas sociales propias de su grupo de pertenencia" (Narvaja de Arnoux, 2009: 35). Así, se observa que no existía una interpretación estabilizada, sino que se puso de manifiesto una diversidad de apreciaciones respecto al rol que cumplió el ejército, el pueblo y la juventud durante lo que se designó en primera plana como "sucesos de pesadilla".

La inclusión de este evento para su abordaje en el marco de las actividades que lleva adelante el programa Memorias Recientes se inscribe en los debates en torno a la conceptualización de este acontecimiento. Así, se busca construir materiales, testimonios escritos, que puedan aportar a la discusión sobre su memoria y a la reflexión sobre los vínculos entre las configuraciones de la memoria y el discurso historiográfico.

Editar para conocer

La recolección de la mayoría de los testimonios sobre los bombardeos a la Plaza de Mayo tuvo lugar a partir de entrevistas grupales tanto en los espacios de encuentro de Abuelas Relatoras como en los seminarios dictados en la Facultad de Filosofía y Letras. La decisión de realizar entrevistas grupales estuvo fundamentada en la motivación de hacer explícito para les entrevistades el carácter social de las experiencias vividas en torno a este acontecimiento.

La entrevista grupal permitió a les participantes construir su narración a partir de un receptor identificable que, con sus palabras, gestos, silencios y miradas también intervenía en esa reconstrucción. Como señala Arfuch, la recepción no es un proceso pasivo sino activo y simultáneo. Si bien en la secuencia de alternancia de turnos "uno habla y el otro escucha", podríamos decir que, en realidad, lo que ocurría era un "continuo asociativo en que uno imagina, recuerda, piensa, evalúa mientras alguien dice" (2010: 27).

Las entrevistas grupales se iniciaban a partir de la pregunta: "¿Qué estabas haciendo el 16 de junio de 1955?". El carácter abierto de esta interrogación tuvo por objetivo ampliar la diversidad de las respuestas. Las repreguntas que se realizaban a continuación, por otro lado, apuntaban a sostener la narrativa del entrevistade y, en muchos casos, acentuar el interés por experiencias vividas en el orden privado. Frente a la invitación para participar de la entrevista grupal, en algunas ocasiones, les entrevistades manifestaban no contar con experiencias que elles percibían como relevantes para ser contadas en un contexto universitario. Así, la presencia de otres que también narraban sobre su cotidianidad durante este acontecimiento y escuchaban con atención permitía constatar este interés de modo inmediato.

La edición de estos testimonios, transcritos de modo literal por el equipo de Memorias Recientes, se presentó entonces como una segunda instancia participativa en la que quienes dieron testimonio en la entrevista realizaban una nueva actividad: editar esos textos para que pudieran ser publicados. En este sentido, la edición textual aprovechó una de las propiedades del testimonio: su carácter inacabado. El testimonio se presentaba como un material que era resignificado en función de su escucha o lectura. Durante la realización de esta actividad, el equipo de Memorias Recientes orientó a les participantes en la tarea de seleccionar y

recortar el testimonio así como también en otras vinculadas a la corrección textual. Días antes de comenzar esta tarea se invitaba a les participantes a leer los testimonios que se encontraban ya publicados en el sitio web del programa y se resaltaba que la edición se realizaría sobre el conjunto de testimonios obtenidos en la entrevista. Para esto, se buscaba consensuar acuerdos que pudieran ser aplicados a todos los testimonios. Por último, se indicaba que la edición se realizaría de manera cruzada; cada participante tomaría el testimonio de otre. Así, se intentó poner en primer plano el trabajo textual sobre testimonios orales y evitar que los testimonios se consolidaran como textos autobiográficos.

La edición textual, en tanto propuesta pedagógica, permitió visualizar a les participantes el carácter inestable del texto como soporte de narrativas de la memoria social y, a su vez, exhibió dos propiedades del testimonio. En primer lugar, mostró su carácter anacrónico. En tanto ejercicio de lectura, la edición textual comenzaba por la distinción entre las referencias que corresponden al momento actual y aquellas que corresponden al momento pasado. Como ejercicio de escritura, la edición textual aprovechaba estas referencias para la construcción de una voz narrativa que en el texto articulara los hechos contados y favoreciera su configuración como experiencia memorable.

En segundo lugar, la edición textual permitió observar el testimonio como un lugar que alberga diferentes voces: quien testimonia no solo habla por elle misme, sino también por aquelles que no pueden hacerlo. Como señala Beverley, el yo testimonial se configura como un yo colectivo en la medida en que en la narración de su experiencia “se mezclan las voces de otros” (2012: 109). Así, el trabajo de edición, al dejar marcas tangibles sobre un objeto que durante el proceso ocupaba, metafóricamente, el lugar de la memoria del otre, despertó la reflexión sobre las intervenciones que

tienen lugar en la transmisión de las experiencias vividas. Finalmente, esta tarea habilitó un espacio de interrogación sobre la dimensión subjetiva del testimonio en la medida en que les editores se preguntaban sobre la relación entre lo social, por un lado, y lo público y lo privado, por el otro.

En este sentido, observamos que la edición de testimonios propone un método que puede ser transferible a otras experiencias de trabajo sobre acontecimientos del pasado reciente. Cabe preguntarse ahora qué tipo de conocimiento se produce en relación al hecho histórico a partir de esta tarea. Desde la década del ochenta y el auge de los estudios de la memoria, esta dejó de ser considerada una fuente poco confiable para la reconstrucción histórica. Así, la fundación en 1989 de la revista *History and Memory* por Friedländer y Diner es un hito en su acercamiento, que permitió saldar la brecha entre la narración abstracta académica y la experiencia fragmentaria y dolorosa (Assmann, 2006: 263).

La amplitud de la pregunta "¿Qué estabas haciendo el 16 de junio de 1955?", dirigida tanto a víctimas directas como indirectas del acontecimiento, tuvo por objetivo intentar acercarse, por un lado, hacia las múltiples vivencias del hecho en otros espacios como el doméstico o el espacio laboral. Por el otro, intentó poner el foco en cómo el sujeto configuraba esta vivencia discursivamente. De esta manera, el conocimiento que se produjo durante el trabajo de edición está en relación no solo al hecho sucedido, sino a qué puede ser enunciable sobre este hecho desde el presente.

La construcción de la memoria a partir de las imágenes

Las distintas representaciones audiovisuales de los bombardeos de junio de 1955 también muestran cómo el género documental puede ser otra manera de construir memoria.

Dependiendo de qué uso y en qué contexto se utilicen las imágenes del hecho, se ve modificado el mensaje que se desea transmitir.

Los primeros registros audiovisuales que aparecen de los bombardeos fueron posibles gracias al acto de valentía de varios camarógrafos que pusieron en riesgo su vida al acercarse a la Plaza de Mayo en mitad del ataque. Estas eran principalmente filmaciones de las bombas y de las destrucciones de edificios y calles de la ciudad. La difusión de las filmaciones en su momento fue limitada (Gandini y Koziner, 2016), como producto de la situación política que se vivía, y fueron funcionales en los años posteriores a varios documentales y emisiones televisivas que las utilizaron con distintos fines. Un ejemplo de esto es el documental de fuertes tintes antiperonistas *¡Extra!*, emitido por el *Primer Telenoticioso Argentino* en los últimos meses de 1955, que utilizó las imágenes junto con una voz en off para virar la narrativa hacia una que veía en los bombardeos un acto heroico de la autodenominada Revolución Libertadora para derrocar al presidente Perón. En este gesto podemos ver cómo al extrapolar estas imágenes de su contexto original y modificar los elementos que la rodean, también se las está dotando de nuevos significados que construyen una subjetividad determinada.

El salto de tiempo con respecto a la visibilización del material tiene una relación directa con los largos períodos de gobiernos de facto en nuestro país y las fuertes políticas de silencio, censura y control. En 1966, *Tiempo de violencia* intentó ser una excepción a este silencio, pero las imágenes del acontecimiento fueron censuradas durante el gobierno de Onganía ya que el documental no transmitía las fuertes connotaciones antiperonistas de *¡Extra!*. Aunque en ambos casos se utilizaron las mismas imágenes, el mensaje que se buscaba transmitir y las narrativas que se querían construir eran opuestas.

Debemos remitirnos a 1983 y al inminente regreso a la democracia para ver nuevamente las imágenes de los bombardeos ahora dotadas de su sentido original: contar la historia de la destrucción. *La república perdida*, dirigida por Miguel Pérez en 1983, toma las imágenes ya mencionadas pero esta vez se elige mostrar el material acompañado por el silencio, sin voces en off, para que de alguna manera las imágenes hablen por sí solas. Documentales como *Sinfonía de un sentimiento* (1999) de Leonardo Favio también mencionan el hecho, pero insertándolo en una cronología del peronismo en nuestro país.

Lo que cambia unos años más tarde es el surgimiento de nuevos documentales que finalmente se ocupan de manera exclusiva de los bombardeos. Ya no es un hecho más dentro de la historia, sino que se le da un lugar central y se plantean problemáticas específicas. Uno de los elementos que se agregan son los testimonios que ponen el foco en las voces y las palabras de quienes estuvieron allí el día de los bombardeos a la Plaza de Mayo. Este viraje también nos habla de las distintas concepciones en torno a la construcción de la memoria. Mientras que en las primeras producciones las imágenes funcionaban como una herramienta para ilustrar un hecho histórico, en los documentales posteriores encontramos otra manera de reconstruir el pasado y producir memoria, al poner en primer plano a les protagonistas y sus historias y versiones de los hechos, antes invisibilizadas. Entre ellos podemos pensar en *El día que bombardearon Buenos Aires* (2004) de Marcelo Goyeneche, *A cielo abierto* (2005) de Pablo Torello o *Maten a Perón* (2005) de Fernando Musante. Alejandro Covello, piloto e investigador, nos presenta un nuevo relato de los hechos, proponiendo un giro de perspectiva hacia lo aéreo en su documental *Piloto de caza* (2021). Covello se pregunta qué estaba sucediendo en el cielo en el momento de los ataques y cuenta la historia

del piloto Ernesto Adradas a partir del testimonio de quienes lo conocieron. Por último, en un gesto más cercano a lo posmoderno, Miguel Colombo en su documental *Proyecto 55* (2019) intercala imágenes de archivo de los bombardeos con imágenes de su archivo personal, realizando una suerte de *collage* para dotar tanto a las unas como a las otras de nuevos sentidos.

La construcción del mosaico

Cuando hablamos de testimonios y memoria, parece esencial hacernos por lo menos dos preguntas: qué es la memoria y para quién se produce. Lejos de ser un concepto unívoco y libre de conflictos, hablar de memoria abre un espectro de posibilidades y una multiplicidad de concepciones en las que debemos, como mínimo, detenernos. Resulta tentador pensar el concepto de memoria como algo que permite enunciar y mostrar una totalidad o captar y reproducir un sentido único. En su lugar, parece más enriquecedor tomar una postura crítica y renunciar a la idea de la memoria como una y total, y entenderla en su fragmentariedad y multiplicidad. Testimoniar, como el acto de narrar la memoria, también parecería implicar una selección, un recorte, un reordenamiento. El proceso se complejiza aún más si tenemos en cuenta los contextos de enunciación en los que se testimonia, es decir, de qué manera cada contexto habilita o prohíbe aquello que puede enunciarse y cómo esto cambia a lo largo de los años. Estas mediaciones vuelven a todo relato complejo, subjetivo, e incompleto. Narrar la totalidad parecería una imposibilidad.

Sin embargo, esta fragmentariedad, lejos de ser un obstáculo, en realidad nos ofrece una herramienta para pensar la construcción de la memoria como un acto colectivo

y transformador: lo no dicho permite que ese relato siga abriéndose y resignificándose; buscando completarse con otras voces que enuncian lo antes silenciado, lo no recordado, lo no vivido. Es por eso que la memoria puede ser vista como un relato siempre en construcción, abierto y colectivo.

Una imagen que puede ayudarnos a figurar esta idea es la del *mosaico*. Este nos remite necesariamente a la construcción de un todo a través de fragmentos que encajan unos con otros para formar algo más que simplemente la suma de sus partes. Entre los fragmentos que conforman el mosaico, siempre quedan espacios vacíos, zonas en blanco, hiatos, que pueden pensarse como aquello que evidencia su carácter incompleto y por eso mismo la potencialidad de un relato abierto que va llenándose con otras voces y con otras memorias a lo largo de la historia. Si el signo, la palabra, es la arena de la lucha de clases (Voloshinov, 2018), la memoria y esos espacios implicados en ella también parecen serlo. En el artículo "Silencio, olvido y después: vacilaciones en torno a la conceptualización de los bombardeos a la Plaza de Mayo", Mariana Álvarez Broz y Sebastian Settanni hablan de una (re)visibilización y (re)conceptualización de la memoria y el archivo que se dio sobre todo en los primeros años del siglo XXI en un contexto de reapertura y revisión histórica de los bombardeos a la Plaza de Mayo. En este artículo, se habla del trabajo de reconstrucción de la memoria no como "la producción de un relato lineal, coherente y acabado" sino, por el contrario, como un "producto de momentos de vacilación, de discursos fragmentados de múltiples orígenes y tendencias" (2016: 159). En contraposición a la pretensión de totalidad, el mosaico irrumpe como la imagen representativa de esa fragmentariedad que muestra las contradicciones, los juegos de sentido y las tensiones de un relato que nunca termina de contarse totalmente y

que desde ese lugar muestra su potencialidad como construcción colectiva y polifónica.

En este sentido, la pregunta por la historia parece central, es decir, desde qué puntos de vista se ha contado aquel junio de 1955, qué ha trascendido y encontrado un lugar en los libros de historia y qué relevancia podría tener en nuestro contexto actual el acto de testimoniar. El archivo que podemos consultar sobre los bombardeos a la Plaza de Mayo muestra en general las mismas imágenes, lo sorpresivo y violento del ataque hace que el material sea escaso, aunque siempre se puede revisitar y resignificar en los diferentes contextos de enunciación (el documental *Proyecto 55* de Miguel Colombo es un ejemplo). Es por esto que tenemos acceso al archivo audiovisual, limitado, de las imágenes de la Plaza, de los escombros, de qué ocurría en los alrededores, incluso sobre los momentos previos y posteriores al hecho. Sin embargo, la pregunta por cómo se han vivido algunos hechos históricos en la intimidad, en la cotidianidad, parece limitarse a ser respondida en ámbitos que no alcanzan la esfera pública. En la experiencia de nuestros seminarios de Memorias Recientes el debate se repite y la cuestión central parece ser si un testimonio que narra la cotidianidad interrumpida puede dar cuenta de la magnitud de un hecho histórico, si se puede construir conocimiento en la respuesta meramente anecdótica a la pregunta: "¿Qué estabas haciendo el 16 de junio de 1955?".

Desde Memorias Recientes, formulamos la pregunta respecto a qué ocurría en los ámbitos privados durante el bombardeo. A través de posibles respuestas, buscamos construir conocimiento significativo y llenar aquellos puntos ciegos, esos vacíos que a veces deja la historia sobre la infancia, el hogar y el ámbito privado. Lejos de transmitir una historia particular de un sujeto específico, las experiencias narradas parecen presentar un nosotres inclusivo

y un nuevo punto de vista hasta ahora marginado. Es desde allí que estos relatos aportan una manera innovadora de contar los hechos, de llenar los vacíos con esas voces silenciadas generando un material transformador que permite cuestionarse sobre nuestra propia historia y reflexionar en torno a qué voces han sido escuchadas, qué es lo que cuentan y qué memoria han construido. Si el "afuera", la calle y la Plaza, es aquello usualmente conocido y abordado, entonces ¿qué pasaba "adentro"? Esta pregunta remite a dos ejes que se entrecruzan en el territorio del testimonio: el tiempo y el espacio.

Elizabeth Jelin en "Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes" propone que los testimonios, como registro de la rememoración y la inclusión del pasado en la subjetividad del presente, contienen una multiplicidad de temporalidades involucradas. Para la autora hay un primer hecho "fáctico" (el momento histórico en que ocurrieron los hechos) sucedido por diferentes niveles o capas de memoria o subjetividad, y es en su superposición donde se pone de manifiesto la multiplicidad de temporalidades: el tiempo biográfico de lo que se relata, el tiempo histórico en que ocurrieron esos hechos, y el tiempo histórico-cultural del testimonio.

Para Leonor Arfuch, "el 'espacio biográfico' altera decisivamente (...) las esferas clásicas de lo público y lo privado para delinear una nueva 'intimidad pública'". Como si, de alguna manera, aquello que sucede en el ámbito de la intimidad se mezclara con el espacio público, dando lugar a una ampliación de la memoria de un hecho en particular. Además, Arfuch propone que el "registro de la voz —la primera persona, el testimonio— en tanto expresión altamente valorada de la experiencia, tanto individual como colectiva", resulta imprescindible en relación con la dimensión sociohistórica de nuestro presente (2014: 70).

Para Jelin, "las narrativas alternativas se refugian en el mundo de las 'memorias privadas', a veces silenciadas aun en el ámbito de la intimidad (por vergüenza o por debilidad)" (2014: 41). Aquí podríamos pensar que no es por "vergüenza" o "debilidad" que las historias y recuerdos personales sobre los bombardeos de 1955 no salieron a la luz sino que, muchas veces, los mismos participantes de los seminarios han considerado sus testimonios poco relevantes, al estar vinculados con su intimidad y no directamente con el hecho a comentar. Sin embargo, creemos que el valor de este tipo de testimonios, donde lo íntimo es primordial, permite incorporar una nueva mirada: se habilitan y visibilizan los espacios privados, la intimidad, la vida cotidiana que se ve alterada. Y es que los bombardeos no solo afectaron a los cientos de personas que vivían su propia cotidianidad en el espacio público, sino que, puertas adentro, varias familias experimentaban las consecuencias de este acontecimiento.

La *cotidianidad interrumpida* como categoría de análisis propone revisar la multiplicidad de sentidos que se ven invisibilizados al concentrar los testimonios en torno al "afuera", es decir, estrictamente al hecho de la Plaza de Mayo. En la disputa por el lugar de la memoria, la respuesta es una construcción colectiva que permite ampliar las temporalidades y espacialidades, y que habilita todas las particularidades presentes en los testimonios.

La multiplicidad de vivencias y experiencias sobre un mismo hecho se vinculan con la construcción de una metodología de trabajo de Memorias Recientes (que incluye el diálogo intergeneracional), donde cada testimonio, cada mirada individual, cada recorte experiencial es la pieza que configura el mosaico; es el material para la construcción de una memoria colectiva. La misma se realiza de manera colaborativa, desde diferentes voces y particularidades, hacia un conocimiento general y ampliado sobre un hecho,

donde el trabajo de la edición textual es parte configurativa de la experiencia memorable. En Memorias Recientes, todes sus participantes intervienen activamente; contribuyen en el espacio y se apropian de él. De esta forma, así como cada testimonio, es decir, cada fragmento de cotidianidad aporta a una memoria social, cada participante construye colectivamente el programa.

Referencias

Álvarez Bros, M. y Settanni, S. (2016). Silencio, olvido y después: vacilaciones en torno a la conceptualización de los bombardeos a la Plaza de Mayo. Besse, J. y Rodríguez, M. G. (eds.), *16 de junio de 1955. Bombardeo y masacre. Imágenes, memorias, silencios*, pp. 155-165. Buenos Aires, Biblos.

Archivo Nacional de la Memoria (2015). *Bombardeo del 16 de junio de 1955*. Unidad Especial de Investigación sobre Terrorismo de Estado, Secretaría de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos de la Nación.

Arfuch, L. (2014a). (Auto)biografía, memoria e historia. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, núm. 1, marzo, pp. 68-81.

_______ (2014b). *La entrevista. Una invención dialógica*. Buenos Aires, Paidós.

Assmann, A. (2006). History, Memory, and the Genre of Testimony. *Poetics Today*, núm. 27:2 (verano). Doi: <10.1215/03335372-2005-003>.

Beverley, J. (2012). Subalternidad y testimonio. En diálogo con *Me llamo Rigoberto Menchú y así me nació la conciencia de Elizabeth Burgos* (con Rigoberta Menchú). *Nueva Sociedad*, núm. 238, pp. 102-113.

Chaves, G. (2003). *La masacre de Plaza de Mayo*. Buenos Aires, De la Campana.

Cichero, D. (2005). *Bombas sobre Buenos Aires*. Buenos Aires, Vergara.

Gandini, N. y Koziner, N. (2016). Huellas de la violencia: itinerario del registro audiovisual de los bombardeos. Besse, J. y Rodríguez, M. G. (eds.), *16 de junio de 1955. Bombardeo y masacre. Imágenes, memorias, silencios*. Buenos Aires, Biblos.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid, Siglo XXI.

_______ (2014). Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, núm. 1, marzo, pp. 140-163.

Narvaja de Arnoux, E. (2009). Los comentarios periodísticos “oficiales” sobre los bombardeos a la Plaza de Mayo de 1955: En torno a la problemática de las formaciones discursivas. *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires, Santiago Arcos.

Voloshinov, V. (2018). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires, Godot.

Filmografía

Colombo, M. (2019.). *Proyecto 55*.

Covello, A. (2021). *Piloto de caza*.

Favio, L. (1999). *Sinfonía de un sentimiento*.

Goyeneche, M. (2004). *El día que bombardearon Buenos Aires*.

Musante, F. (2005). *Maten a Perón*.

Pérez, M. (1983). *La república perdida*.

Torello, P. (2005). *A cielo abierto*.

Testimonios (1955)

Hogar

Barbarie y complicidades imperdonables

Por Alicia

En referencia a los episodios acaecidos aquel 16 de junio de 1955, yo vivía en mi ciudad, Santa Fe, tenía nueve años, iba a un colegio de monjas. Se celebró el día 9 (creo) el Corpus Christi, procesión a la que íbamos medio obligadas, y en esa ocasión también asistió mi padre, cosa que normalmente no hacía.

La razón de su asistencia se debía a que quería demostrar su apoyo a la Iglesia y su malestar para con el gobierno de Perón. En mi casa, al igual que en nuestro círculo familiar y en el de mis amistades, eran totalmente antiperonistas, y cuando sucedió el bombardeo y supimos que no había alcanzado sus objetivos, consideramos que sí, que fue un error. Pero se dijo que a esa gente no se la aguantaba más. La posición de mi familia fue que no deberíamos haber llegado a lo que se llegó, pero que no había más remedio y que habría otra vez. Y la hubo.

Como si no hubiera existido, ¿te acordás?

Por Susana

Hacía una semana había cumplido trece. Estaba en primer año de la escuela y vivía en Villa del Parque, en Nazca, casi esquina San Martín.

Los aviones pasaban rasantes por mi casa; salíamos al balcón y era una sensación muy fea la de sentir los aviones.

No sabíamos bien qué pasaba, y una preocupación que teníamos en mi casa era que uno de mis hermanos había ido al centro. No sabíamos nada; no había los medios de comunicación que hay ahora.

Mi hermano vuelve.

Él justo había estado viajando en un trolebús. Después nos enteramos de que una bomba había partido un trolebús. Mi hermano había estado en ese. Le cayó una bomba y lo partió. Él bajó antes, por sus cosas y por estar en pleno bombardeo.

Yo no tengo recuerdos de que se haya hablado a la noche, salvo de lo de mi hermano.

Hubo silencio.

De eso no se habló nunca más.

Y durante cincuenta años no se tocó nunca más el tema, como si no hubiera existido.

En el año 2005 lo recuerdan, y pudimos compartir algunos recuerdos. Y se supo lo de los trescientos y pico de muertos, que había estado silenciado.

Para mí fue muy valioso porque empecé a llamar a gente de mi edad y a preguntarles: ¿Te acordás?

Revolución

Por Haydeé

Recuerdo que estaba en la escuela primaria y, a media mañana, me enviaron a mi casa de la escuela ubicada en Villa del Parque, barrio donde yo vivía. Iba caminando por Cuenca hacia la calle Argerich, y una vecina desde la ventana me grita: *¡Nena! ¡Corré a tu casa que hay revolución!*

Me dirigí a mi casa, donde mi familia era comunista; no tenía ninguna simpatía por Perón.

Entonces todas las vecinas, incluso mi madre, fueron a comprar comida.

Porque para todo aquel que venía de la guerra de Europa una revolución era como una guerra, y en ella falta la comida. Entonces en mi casa se acumularon fideos, arroz, lentejas, garbanzos; no tengo otros recuerdos sobre esa fecha, el 16 de junio de 1955.

Antiperonistas

Por Liliana

Tenía siete años y vivía en Colegiales, en la casa en que aún vivo hoy y que había construido mi abuelo.

Realmente de ese día no me acuerdo... No recuerdo qué era lo que había pasado, sí que era invierno y *hacía un frío bárbaro*.

De pronto mi abuelo abrió la ventana del comedor y empezó a pasar una marcha que se llamaba “Córdoba la heroica”. Mis primos que vivían al lado también tenían las ventanas abiertas y con esta canción.

Yo me enteré después de lo que había pasado como consecuencia de la muerte de un chico vecino de enfrente, al que una bomba había matado en el bombardeo a la Plaza.

Si hubo más muertos en ese suceso, no me enteré. Lo que sí me acuerdo es que era invierno y que "Córdoba la heroica" entraba *a todo lo que da* por las ventanas de mi casa.

Eran profundamente antiperonistas; mis viejos también; estaban en Filosofía. En esa época los estudiantes eran antiperonistas, ni comunistas ni nada: antiperonistas.

Eso es todo lo que recuerdo.

El padre que no volvía

Por Laura

En ese momento había cumplido veinte años. Mi padre hacía muy poquito que se había jubilado, y una persona de tanto trabajo necesitaba distracción. Entonces se levantó ese día a las 5 de la mañana para ir a pescar. Justamente, iba a pescar al lado de la central eléctrica del puerto porque es donde las aguas tienen cierta tibieza. Hasta ahí iba todo bien. Resulta que yo vivía en la casa de adelante, y en un pasillo había un departamento atrás. Había un chico vecino que tenía diecisiete, dieciocho años, y recién había entrado en los servicios de teléfono. El chico había salido temprano; era su primer trabajo y cumplía con todo. Pero aparece por el pasillo todo apurado, desesperado, y me encuentra a mí. Entonces le digo: "¿Qué te pasa? ¿Qué te pasó?". Yo no sabía qué había pasado. *Lo que pasa es que me mandaron de vuelta*, dice, *porque hay un revoltijo en el centro que yo no entiendo qué pasa*. *Vi un movimiento feo.*

Mi madre fue siempre muy terriblemente miedosa. Yo, la hija, le salí diferente. Por supuesto, no quise decirle nada a mi madre para no alterarla, pero estaba pendiente. Puse la radio. Quise saber lo que pasaba. Salía a la calle para ver si los vecinos sabían algo.

El hecho es que mi padre apareció como a las 12.30 de la noche. Realmente mi padre era muy querido en el barrio. Como toda la gente del barrio había vuelto y él no volvía, había mucho forcejeo entre decirle algo a mi madre. A mí me agarro como una especie de ataque de nervios. Salí a la calle corriendo. Me iba a la comisaría que estaba a diez cuadras. ¡Inútil! Qué iba hacer en la comisaría a las 11 de la noche cuando ya no daba más; estaba explotando yo... Me sostuvieron y toleré. A todo esto, mi padre apareció.

Él había estado en el puerto, en la costa, con los anzuelos y esas cosas y con un señor que lo acompañaba; dos solitarios ahí, en la orilla. De pronto vieron que se cruzaban dos aviones, y un avión cae al río. Era el que llevaba la bomba para hacer explotar la central telefónica esa, porque hubo muchos aviones. Dice que pasó ahí: no sé ni cómo ni cuándo ni de qué forma, pero pasó. Y alguien dijo: *Locos, ¿qué están haciendo ahí? Sálgase,* y los empujó hasta la vía del tren y los metió dentro de un vagón de carga. Por eso mi padre apareció tan tarde, porque lo llevaron a San Miguel encerrado.

También tenían a mi tío. Era un trabajador desde su infancia; ya en ese tiempo era una persona mayor, trabajador del Correo Central. Hay un pasillo que es subterráneo, y ellos podían pasar. Él estaba transitando por ese subte cuando fue el peor de los estallidos. Cuando estalló el colectivo que se incendió y reventó... Creo que es la palabra, por los restos que quedaron.

A todo esto, tenía dos amigas un poco más grandes. Trabajaban en Banco Nación. Y en Banco Nación las

llevaron al segundo subsuelo por ser mujeres. No sabían ni lo que pasaba.

También un amigo de mi familia. Iba viajando en el colectivo detrás del que explotó. Venía de la escuela de Quinquela, en La Boca. Él estaba en el colectivo de atrás: el espanto de los espantos.

Hubo muchas cosas más que después me fui enterando. Fue una cosa muy terrible, muy terrible. Ver que todos volvían y mi padre no volvía. Eso en primer lugar.

Esa mancha

Por Cristina

Mi casa no era una casa militante. Mi padre sí era peronista, de esos que lo nombraban a Perón como *el general*. Mi madre era opuesta a papá: era conservadora, aunque la transformaron con el tiempo. Yo soy de memoria corta, pero mi hermano —mucho más memorioso— me contó lo que recuerda. Papá trabajaba en la CADE, que eran los servicios eléctricos, y estaba cerca de la Plaza de Mayo. Él recuerda haber visto llegar a papá con la camisa manchada. Y cuando la vio a mamá se puso a llorar.

Infancia

El pochito que se fue

Por Jorge

Recuerdo que ya en el año 1945 pasaba el camión con el altoparlante que anunciaba la candidatura de Perón: “Vote Perón”, en el año 45, y mi abuela decía: *Este va a ser un nuevo Hitler*.

El 16 de junio yo estudiaba en la Escuela de Comercio n.° 9 en Flores, y como no teníamos campus, teníamos que ir a hacer ejercicio físico a la sede de Racing de Villa del Parque. El 16 de junio yo estaba haciendo ejercicio allá. Me acuerdo de que subí al tranvía, que me llevaba de vuelta a mi casa en Flores, y hablaban de eso, de que había habido un bombardeo. Nos rajaron antes.

El 30 de octubre de 1955 terminaron las clases. En enero se declara la emergencia de poliomielitis; entonces se postergaron las clases hasta casi junio de 1956. Mi vieja ganó el “télex 60” e hizo un aporte al ALPI. Cuando volvimos después de esos meses, tuvimos nuestra primera clase de

música. El profesor —que hasta el año anterior nos hacía cantar la marcha ("Perón, Perón")— nos recibió cantando: El pochito que se fue...

Caramelos y navajitas

Por Jorge

Recuerdo bien esos aviones. Yo tenía seis años y estaba en mi escuela. Volaban a poca altura y daban la vuelta para regresar en dirección de la ciudad. No sabíamos qué ocurría, pero el asunto me gustaba: me gustaba ver esos aviones de guerra rugiendo sobre el río y que pronto nos iríamos a casa. Nos hicieron permanecer de espaldas a la medianera. El director dijo que nuestros padres vendrían a buscarnos. El director era un escocés con olor a whisky. El tipo tenía un alambique en la residencia de pupilos donde destilaba su alcohol de mala calidad, según me contó mi padre.

Entre varios padres fundaron ese colegio, que aún perdura, para evitar la escuela pública con su adoctrinamiento peronista. En Música, el profesor tocaba en el piano la marchita, pero los alumnos solo debían tararearla. Yo no me acuerdo muy bien de eso: me lo contó mi hermano mayor. Sí recuerdo que venía un pibe cuyo padre era un empresario o un funcionario de Perón. Llegaban en un auto sport importado: parecía un plato volador y todos lo rodeábamos fascinados. El pibe era un gordito que canchereaba con el auto y a veces abría la gaveta del tablero para que viéramos el revólver.

Mi madre vino a buscarnos muy nerviosa. Mi padre la llamó desde su estudio de abogado no lejos de la plaza para que nos retirara del colegio, pues los aviones bombardeaban

la Rosada. No se habló en casa de muertes. Luego fue lo de las iglesias quemadas. Eso sí que fue dramático, aunque no murió nadie. Vino mi padrino, que vivía al lado; se juntaron varios hombres. Decían que el cura de la iglesia de Olivos temía que fuera atacada. Fue la única vez que vi a mi padre con un arma. Mi hermano les prestó su bate de béisbol. Pasaron la noche en la iglesia, pero los incendiarios no aparecieron.

De los otros pibes del barrio me enteré de que había que tener cuidado del encargado de la plaza. Cada plaza tenía su cuidador y era peronista. Podía darnos caramelos con vidrio molido y poner navajitas de afeitar en las maderas del tobogán. Cuando me señalaban a un malvado peronista siempre era morocho y de aspecto provinciano.

Una mañana, luego que el tirano huyera en la cañonera paraguaya, el gordito llegó como siempre en el coche sport de su padre. Cuando el padre se fue, lo rodearon y con navajitas de afeitar le cortaron el saco escolar en tiritas. No vino más.

Con mi primo quemamos los libros escolares de Evita. Fue como una ceremonia de exorcismo.

La madre cómplice

Por Bernardo

Mi memoria de ese día es muy limitada. Tenía quince años, vivía en La Paternal y estaba cursando segundo año en el Colegio Nacional Bartolomé Mitre. Cerca del mediodía nos dijeron que nos vayamos, pero que tratemos de no tomar ningún tipo de transporte y que caminemos junto a las paredes porque había un bombardeo. Cuando llegué

a mi casa, que demoré bastante, encontré a mi mamá, que había ido a buscar a mi hermana menor al colegio y que estaba desesperada en la calle, con los vecinos, esperando que yo apareciera.

Yo para ese entonces no tenía una opinión política muy firme, aunque sí con un grupo de compañeros de quince años empezábamos a hablar. En mi casa, mi papá era simpatizante radical. Mi mamá, a escondidas, para que mi papá no se enoje, porque solía tener sus arranques, fue a una unidad básica y se afilió al partido peronista, y yo me acuerdo de que casi en secreto me decía que estaba orgullosa de votar. Entonces yo fluctuaba reconociendo los derechos que se iban adquiriendo, pero también tenía un cierto grado de crítica hacia ciertas actitudes no demasiado democráticas.

Ahora yo recuerdo (no de ese día, sino de los siguientes), cuando se empezaron a conocer los entretelones del intento, que tuve una discusión con mi padre a raíz de que él defendía la posición radical, y yo me había enterado de que uno de los cabecillas civiles del intento de golpe era nada menos que Zabala Ortiz, un radical que después tuvo mucha actuación con los gobiernos militares. Mi viejo decía: *No puede ser, no puede ser*, pero tenía ciertas dudas respecto a los métodos terribles de la matanza que se hizo. En esa semana, con unos amigos, dos o tres días después, fuimos a la Plaza de Mayo a ver los efectos de los bombardeos. Por supuesto, ya no había cadáveres ni nada, pero vi que había destrozos en la Casa de Gobierno. Vi la metralla sobre lo que era el Banco Hipotecario y vi también restos calcinados de un automóvil sobre Paseo Colón. Recuerdo haber caminado muy apesadumbrado.

Eso me motivó una furia: un estado de rechazo total. Me solidaricé con la posición de mi mamá, que estaba

angustiada por lo que había pasado. Mi papá se había llamado a silencio. Yo, paulatinamente, fui tomando una posición no antiperonista: reconocía muchas de las cosas del peronismo, pero ideológicamente me orientaba más hacia un peronismo de izquierda.

Esas son las memorias que tengo de ese día y de los días posteriores.

La historia de la señorita Julia

Por Liliana

Tengo el relato de una mujer grande, que conocí en la marcha de los jueves de las madres de Plaza de Mayo. Cuando le pregunté si se acordaba de su escuela en 1955, me respondió que recordaba a su maestra: la señorita Julia.

Ella estaba en quinto grado cuando se produjo el derrocamiento de Perón. Y un día, mientras los niños estaban en el recreo, entraron unos militares (podrían ser policías o gendarmes: ella no me supo especificar, pero estaban uniformados) y sacaron la estatua de Evita y de Perón del patio. Y la maestra —la señorita Julia— se puso a gritar desaforadamente que no permitieran que se hiciera eso, que no rompieran. Que se la den a ella, en todo caso, que ella se la llevaría a su casa. Les gritó de tal manera que uno de los gendarmes la agarró del pelo y la zarandeó delante de todos los otros compañeros docentes y de los alumnos, entre los cuales estaba la señora de la que les hablo.

Es una escena que le quedó grabada para toda su vida: la señorita Julia zarandeada de los pelos por un gendarme.

Tenía un sentido

Por Cloti

Yo tenía quince años cuando fue el bombardeo; no participé directamente, pero vengo de un país en el que pasamos lo mismo. El problema no era que hacían el bombardeo porque sí. El bombardeo tenía un sentido. ¿Cuál era? Que Perón creó la inclusión social para todos. Eso, por la oligarquía terrateniente más los militares, no era bien visto: total el país lo tenemos que vender al mejor postor, especialmente a Inglaterra y a los demás países. Eso fue en realidad el bombardeo —cobarde— contra el pueblo. El pueblo no tenía nada que ver; todos salían de sus trabajos.

La bronca por la muerte

Por Oscar

El primer recuerdo de mi vida es la muerte de Evita. Tengo la imagen de estar en un altar que se había hecho en la esquina de casa; yo vivía en Villa Luro. Recuerdo haber llevado un florero inmenso de vidrio y haber estado ahí, con mi delantal de la escuela. Ese es mi primer recuerdo: todo el tema de la tristeza que se sentía ahí, en el barrio, y la bronca por la muerte. Mi vieja era docente; había trabajado como maestra rural en Chaco y siempre decía: *Gracias a Perón yo conseguí el traslado a Buenos Aires*. Mi padre entró a trabajar en el diario *La Época*. Él era radical, y en casa funcionaba una especie de sede de ese partido. Con tal mala pata que en el 55 —como él era administrador del diario— lo metieron en cana dos o tres días. Mi viejo siempre decía que había

sido radical de toda la vida y que nunca se había afiliado al partido porque no era obligatorio; sin embargo, estaba en el riñoncito del aparato periodístico del peronismo. Por eso se tragó un par de días de cana.

Yo no me acuerdo nada del bombardeo. Evidentemente estuvo bien tapado. Y eso que a casa llegaban absolutamente todos los diarios porque mi viejo laburaba ahí. Me acuerdo de todas las noticias que yo veía en esos diarios, pero de ese día en particular, nada. Sí recuerdo —luego de la Libertadora— la tristeza de que todo el mundo en el barrio decía que si eras peronista *ahora se viene la persecuta; ahora se viene la vigilancia*.

Como montones de tierra

Por Vita

Yo era muy chica y estaba viviendo en Buenos Aires. Vi cuando traían a toda la gente al hospital Durand: primero era en ambulancias, con los chicos, con la gente mayor, que venían muy heridos; por ahí venían con una pierna cortada, con un brazo cortado. Pero después ya los juntaban en un camión volcador y entonces ya entraban por el patio del fondo y los volcaban, como si fueran montones de tierra. Y el personal, las enfermeras, los iban sacando desde ahí.

Después llegó un camión en el que eran todos chicos: eran del trolebús que había en esa época; eran todos chicos los que iban: les tiraron una bomba ahí y los mataron a todos... Completo iba el trole ese día de criaturas que iban para la escuela. También vi cuando llegaron con todos los niños de guardapolvo blanco ensangrentado.

Lo vi desde la puerta porque era muy chica y muy metida y vivía a dos cuadras, así que vi todo eso: mucha sangre, mucho grito, mucho llanto. Eso es lo que yo te puedo contar del bombardeo.

¿Qué hago con mis flores?

Por Antonia

En 1955 tenía nueve años y cursaba el segundo grado en el colegio de monjas ubicado en la calle Moreno, entre Bernardo de Irigoyen y Tacuarí, o sea, a seis cuadras de la Plaza de Mayo.

Para mí el colegio era el centro de socialización, ya que mi familia estaba compuesta por mis padres y mi hermano de veinte años, así que yo quería estar en el colegio; iba mañana y tarde. Ya había un clima antes; pudo empezar el 9 de junio, con la manifestación del Corpus Christi a la cual fui, y estuve en el Cabildo, vestida con el uniforme. Una manifestación imponente. Luego me enteré, mucho después, de que también había ido el Partido Comunista, o sea, era una manifestación: una procesión no precisamente religiosa.

Todos los días venía alguien al colegio, alguna madre o padre, y decía de buena fuente es la revolución, de buena fuente lo tiran a Perón; era pan de todos los días eso.

Mi casa quedaba en la calle Hipólito Irigoyen, entre Bernardo de Irigoyen y Tacuarí, es decir, a cuatro cuadras de la Plaza de Mayo. Los chicos que vivíamos cerca del colegio salíamos para almorzar en casa a las 11.30 y entrábamos a las 12.30. La mañana del 16 de junio tuvimos clase normalmente, y volví a casa a comer.

El colegio tenía por costumbre que a la hora de entrar al turno tarde se realizaba una especie de procesión, de acuerdo con el mes de María, y las alumnas llevaban un pequeño ramo de flores. Ese día me tocaba a mí llevar las flores; tuve que jorobar a mi madre para que sí o sí volviéramos al colegio.

Llegamos a la puerta del colegio, y, por supuesto, no había clases; ya eran las 12:20, y el bombardeo fue a las 12:40. De regreso, ya en la esquina de casa, escuchamos la primera bomba, ante la cual flor de susto nos pegamos.

Mi casa era baja, de dos pisos; subimos y yo quería ir a la azotea a mirar, pero por supuesto que no me dejaron. Los vidrios de las ventanas temblaban... Fue un momento muy angustiante, sobre todo al dejar de escuchar las bombas; se oían los aviones pasar rasantes a metros de la azotea de mi casa.

Las clases se suspendieron por tres días, creo. Este hecho me marcó mucho porque, sobre todo, cuando volvimos al colegio, lo único de lo que nos hablaban las monjas era de las quemas de las iglesias. Nadie nos nombró el bombardeo, y bastante después nos enteramos, a través de compañeras que tenían hermanas más grandes en el secundario, de que dos alumnas del colegio murieron en el colectivo línea 64 incendiado frente al Banco Hipotecario. En el colegio nunca se hizo referencia a este hecho.

Estando ya en la secundaria, cuando mi actividad era más rebelde que a los nueve años y tenía un poco más de conciencia, *no demasiada*, supe que en el sótano de colegio se hacían reuniones de los comandos civiles. De hecho, en mi caso particular, una compañera y amiga tenía el padre que era marino peronista; un caso raro, así que la abuela de ella nos reunía una vez por semana a rezar el rosario para que el papá se convirtiera, para que dejara de ser peronista.

Todo eso a mí me fue marcando, y me convertí en peronista. Nada más.

Trabajo

Cuando las bombas sorprendieron al cartero y lo convirtieron en "caminante"

Por Néstor

En el 55 yo tenía dieciocho años. Yo estaba en mi trabajo, en el Correo Central, en Sarmiento y Alem. A tres cuadras de la Casa de Gobierno.

Ese no era un día normal: se sabía que había problemas con Perón. Que lo querían voltear.

No lo recuerdo con exactitud, pero fue al mediodía cuando empezó el bombardeo. Cuando empezó todo eso, yo estaba en el séptimo piso, en una oficina de Recursos Humanos. En la planta baja había gente, como todos los días, haciendo trámites, telegramas. De lo único que me acuerdo es que empezó a temblar el edificio, y es un monumento el edificio; es toda una manzana. El Correo es muy grande, un edificio de ocho pisos.

Están bombardeando, empezaron a decir. Entonces cerraron las puertas del Correo, y no nos pudimos ir hasta a las 4 de la tarde aproximadamente.

Cuando abrieron la puerta del Correo dijeron: *El que se quiere ir se va*. Y yo me fui hasta mi casa caminando. Mucha gente caminando, corriendo. Mucho alboroto, en el centro más que nada.

Hasta mi casa serían como cien cuadras, una locura. Tardé como 5 horas. Cuando llegué al barrio toda la gente en la calle, comentando entre ellos, hablando. Fue una noticia terrible, impactante... "Bombardearon la Plaza de Mayo", me decían los vecinos. Se sentían los aviones, las bombas. "Que la gente se retire del microcentro", escuchaban decir todo el tiempo por las radios.

Mi vieja asustada, en la puerta. Esperándome. Llegue a las 9 de la noche.

Al otro día ya fui a trabajar... en transporte público, subte... Todo normal. Y lo que nunca se supo fue cuántos muertos hubo. No salió ni una noticia que diga... no sé, se encontraron dieciocho cadáveres...

Yo estaba como, digamos, sorprendido. Con dieciocho años no tenía miedo; quedé sorprendido. Nunca me hubiera imaginado un bombardeo en pleno centro...

Los heridos del hospital

Por Sandra

Yo era chiquita cuando mi mamá contaba esta historia; la contó varias veces.

Mi mamá trabajaba por esa época en el Ministerio de Marina, como empleada administrativa. Siempre recordaba que el día del bombardeo, un rato antes de las bombas, les dijeron a los empleados que se podían retirar. Que fueran a su casa. Ella, sin saber por qué ni cómo, se tomó el

trolleybus. Llegó a su casa y aprovechó para ponerse a limpiar una banderola, con tanta mala suerte que se cayó de la escalerita y se fracturó una pierna.

Fue así que terminó en el hospital para que la asistieran y le pusieran yeso. En el hospital estaban los heridos del bombardeo.

La historia de la medalla por integrar la paritaria

Por Elena

Mi papá fue un inmigrante que llegó a la América a los doce años. En 1955 yo tenía veinticuatro años y ya trabajaba en una empresa que fabricaba cerámica en la calle Perú 441, a metros de la Avenida Belgrano. Eso estaba muy cerca de la Plaza de Mayo.

El 16 de junio nos hacen salir —pero volando— porque no decían qué pasaba, pero nos dimos cuenta. Yo me di cuenta. Habitualmente yo iba desde la calle Perú por Belgrano hasta la estación Moreno del subte por la calle Lombardi, donde está el famoso ministerio que ahora es obra social. Era de Obras Públicas en ese momento. Y de ahí a Constitución a tomarme el tren porque yo vivía en Lanús. El 16 de junio de 1955 no se sabía si funcionaban los medios de transporte. Pero yo corría desesperada por ahí y agarré por la Avenida de Mayo. La imagen la tengo grabada acá y no se me va a borrar jamás. Yo vi los aviones largando metralla y dirigiéndose hacia la Plaza de Mayo.

Corrí desesperada por la Avenida de Mayo: después me metí por Esmeralda, que ahí estaba la sede de la Asistencia Pública en aquel tiempo, y vi bajar gente de un taxi toda ensangrentada. Esmeralda 666 era la Asistencia Pública. Se

empezó a rumorear que se sabía que estaban bombardeando. Se escuchaban los estruendos; yo no puedo describir el sentimiento de pánico. No tengo palabras para describir eso. Pero ver la metralla que largaban, *escupían*, los aviones, para mí fue horroroso. Hay películas de eso.

La gente inocentemente iba a la Plaza de Mayo a mirar porque era el lugar de aglutinamiento: en la época de oro del peronismo era eso. Todos iban a la Plaza de Mayo.

El 16 de junio volví a mi casa. Desde Lanús se escuchaba el estruendo del bombardeo. Tomé mi tren, me bajé en Lanús, crucé la plaza y tenía cinco cuadras desde la Avenida Pavón. Derechito hasta mi casa, y después doblaba. Mi mamá estaba en mi casa esperando en la puerta desesperada y cuando me vio venir abrió los brazos así y fue corriendo a buscarme. Y llegó mi papá. Mi papá por perder el 305 vivió: el 305 que iba de Lanús a Retiro, y el otro 307, de Lanús a Palermo. Como mi papá era apuntador en el puerto perdió ese trolebús. Todos sus pasajeros murieron por una bomba. Pero la imagen de los aviones, reitero, escupiendo metralla no se me borró nunca.

Yo no podía hablar ni decir nada en aquella época porque yo había tenido afiliación gremial. Había sido delegada. Nunca hice una huelga; nunca tuve una pelea con la empresa. Integré una paritaria también. Tenía que cuidarme para que no me señalaran porque empezaban las delaciones.

Después del golpe tuve que esconder una medalla de oro que me habían otorgado por integrar la paritaria. Yo no iba con cuentos, ni hacía escándalos, ni discusiones ni nada. Hasta pedía permiso para hablar con los compañeros. A mí me parecía que hablando se podía reclamar lo que no cumplían en el convenio, ¿no? Antigüedad, vacaciones. Porque pretendían que las vacaciones tenían que ser con feriados.

No conservo la medalla porque la hice fundir. Yo dije alguna vez *esto me tiene que servir para salvar alguna situación*

difícil. No me equivoqué. Con los años me casé; mi marido estuvo muy enfermo y tuve que apelar a ese recurso. Está en el recuerdo.

A medida que yo crecía siempre hubo golpes de Estado. La reflexión que yo me hacía era siempre: "¿Dónde estaba el honor de los militares?". Si creían que matando gente inocente podían apresarlo (a Perón), a mí me parecía una ingenuidad total porque podían tener otros medios para sacar a este gobernante que querían sacar. Entonces empezaron las prohibiciones que no se podían nombrar: era el dictador, el dictador, el dictador que huye, que es un cobarde, que esto, que el otro. Se dijeron montones de cosas. Entonces para mí no es una Revolución Libertadora. Y agradezco este tiempo porque yo nunca pude hablar así y ahora tengo ochenta y tres años y lo puedo decir. Han cambiado todas las cosas. Yo nunca tuve afirmación política, ni fui militante, ni afiliada a ningún partido político; soy de origen obrero, y mi aristocracia es la del trabajo. Esa es mi verdadera aristocracia. Yo la llamo aristocracia con ironismo. Porque me parece nobilísimo eso de no tener necesidad de logros azules.

¿Qué va a ser de nosotros, los pobres?

Por Mónica

Yo no me acuerdo tanto de junio del 55. Me acuerdo de la primera radio, Radio Colonia. Pero sí me acuerdo de cuando cayó en octubre... el 16 de septiembre.

Yo soy de Santa Fe. Recuerdo que fuimos con mi papá y mi familia a la calle San Martín, que es la calle principal, y yo vi pasar a mi maestra, que era una chica universitaria, arrastrando un busto de Perón; me impactó eso, ¿no?

Y después, cuando yo volví a casa, tenía una empleada doméstica que tenía un chiquito que estaba llorando, y decía: *¿Qué va a ser de nosotros, los pobres?*

Esa frase me quedó muy grabada para siempre.

Los "truenos" que asolaron mi vida

Por Olga

El 16 de junio de 1955 tenía dieciséis años. Soy inmigrante, y nos habían dicho que en Argentina los extranjeros no podían meterse en política. Vivíamos en Ciudadela; en mi casa todo era pan, comer, trabajar, estudiar. No había teléfono, ni radio, ni diarios. Mi madre, española, había pasado la Guerra Civil y conocía el tema de los bombardeos; me contaba que cuando estaba sola veía los aviones y tenía que escapar en retirada. Se fue como refugiada a Francia, ocupada por los alemanes. Pasaban los aviones, y teníamos que tirarnos al suelo, y escuchaba bombas.

El marido de mi hermana era muy peronista, y unos meses antes de la Revolución la escuché decir: *Perón sonó: se metió con la Iglesia*.

Yo trabajaba en Bonafide, a dos cuadras de la Plaza de Mayo. Estaba atendiendo a un señor y escucho como un TRUENO. Estaba pesando el café y me quedé... Y al segundo, al minuto, a los diez... no sé, otro TRUENO... "¡Nooo!", le digo, "eso no es un TRUENO: ¡es una bomba!". Yo conocía el ruido de las bombas.

Largué todo y me fui al fondo del local porque me quería ir. Salí caminando por el lado de Once, de la Plaza de Mayo; tomé el subte y me fui a casa. Cuando mi mamá me vio aparecer le dije lo que había pasado. Ella entendió todo

y no dijo nada. Tenía miedo de que yo no trabajara y me hizo pedir el traslado a Sáenz Peña, lejos del centro. Mi sueldo era muy importante: había muerto mi padre, y éramos cinco hermanos.

Al día siguiente pasaba en colectivo y en las fábricas y en muchos lugares la gente tiraba los bustos de Perón. Yo no supe que hubo muertos.

En 2002 cuando me jubilé algo quería hacer. En un voluntariado me enteré de que hubo más de trescientos muertos.

Es lo que quería contar.

Los aviones con luces

Por Chiche

El 16 de junio de 1955 tenía veintitrés años. Yo trabajaba en un taller de bordados en San José y Carlos Calvo, y éramos varias chicas. Unas habían estado en la guerra; entonces sabían lo que pasaba. Yo, como era inocente y esas cosas acá nunca habían pasado, no podía creer. Ocurrió que la radio del Estado empezó a difundir que la gente se fuera para las casas. Mi hermana, que trabajaba en el centro, me vino a buscar. Me dice: *Vámonos para casa, Chiche. Nos hicieron ir cerraron todo. No sé qué pasa. Cerraron todos los negocios. Nos tenemos que ir para casa*. Yo, cabeza dura, le dije: “No, pero no va a pasar nada...”. Qué sé yo; nadie podía creer que pudiera pasar algo semejante. Y dice: *Bueno, yo me voy a casa. No sé cómo te vas a poder ir porque no se va a poder viajar.*

Salimos al balcón cuando empezaron las sirenas y otras cosas; desde ahí se veía el Obelisco. Cuando salgo digo: “¡Uy! Aviones con luces”, y una que había estado en la guerra me dice: *Esas no son luces: son bombas*. “¡¿Cómo bombas?!”. En

la Plaza de Mayo estaban tirando bombas... Ese era un edificio de tres pisos; nos hicieron ir al sótano porque los aviones pasaban rozando la terraza. Terrible el susto que nos dimos. No podíamos creer que esto ocurriera en nuestro país. Era un día de lluvia: horrible, lúgubre; las calles todas oscuras. Después la hermana de alguna de las chicas me llevó en un camión. Llegué a mi casa bien. Al otro día nos enteramos de lo que había pasado: lo que habían hecho, que habían matado a unos chicos en un micro. Los muertos. Nunca se supo exactamente cuántos muertos hubo. Esa fue mi experiencia en el año del bombardeo famoso: famoso y tétrico.

La preocupación fundamental

Por Amelia

A nosotros, que vivíamos en Zárate, se nos había ocurrido poner una librería, que funcionaba, pero muy lentamente. No había hábito de lectura en Zárate. Después de la guerra vinieron muchos inmigrantes: italianos, sobre todo. Fueron muchos a radicarse ahí y venían a la librería a pedir los diarios de Italia. Entonces a Mario, mi marido, se le ocurrió: *si la gente quiere leer su diario, vamos a traerlos*. Entonces, los empezamos a pedir. La gente venía a buscar su diario una vez por semana. Eso hizo que la librería se conociera más. Eran muchos los italianos que se refugiaron en Zárate. Recuerdo a mi marido cada vez que volvía de Buenos Aires con esos libros empaquetados.

Aquel 16 de junio, mi marido había ido a Buenos Aires a comprar los libros que usaban los chicos en la escuela primaria. Era un día igual que todos. Mario se levantó y tomó el tren en la estación. Tenía que ir en tren a Retiro desde

Zárate y Zárate distaba a 90 kilómetros de Buenos Aires. El tren se llamaba El Rosarino porque iba desde Rosario a Buenos Aires y pasaba por Zárate. Era lo más rápido que había para comunicarse con los otros lugares. Mario siempre tomaba el tren a las ocho de la mañana para llegar a Buenos Aires a las diez. Se dedicaba a recorrer las librerías que conocía e iba comprando los libros que le habían encargado.

Los chicos de Zárate le encargaban el *Manual de Alumno Bonaerense*:

—¿Llegó el *Manual*?— empezaban a la mañana a preguntar.

Así que entonces ese día 16 de junio Mario tomó el tren como de costumbre y empezó a hacer su recorrido por librerías amigas que le guardaban los ejemplares que había encargado. Una vez que terminaba con las compras siempre le gustaba dar una vuelta por la calle Florida.

Sobre todo, tomarse un cafecito en lugares que hacían mejor café que en Zárate. O sea que ese día andaba muy distraído con todo eso. Luego se puso a caminar por Plaza de Mayo, soleada, despejada. Una tranquilidad.

Cuando estaba por la mitad de la plaza empezó a escuchar ruidos extraños. Primero escuchó unos aviones que cruzaron muy bajo por sobre la plaza. Y de pronto ¡se dio cuenta de que también tiraban tiros y escuchó los estruendos de las primeras bombas! Como pudo agarró los libros que había comprado, que eran para él mucha inversión, y se metió corriendo para el lado de la escalera que baja hacia el subterráneo. Los paquetes con los libros se le enredaban en las piernas. En un momento se acordó de que él tenía una tía que vivía en la calle Florida, muy cerca del subte. Cuando amainaron un poco las bombas fue a la casa de la tía y pudo dejar los paquetes ahí, quedándose mucho más aliviado. Entonces empezó a pensar cómo iba a hacer para volver a Zárate. Lo único que podía hacer era dejar todos los libros ahí. Pero ¡cómo iba a hacer eso, si los chicos iban a estar esperándolos!

Al final esperó que se hiciera más tarde como para poder ir a tomar el tren, que salía a las diecinueve horas y volver a Zárate, y salió con todos los paquetes. Seguro que alguien lo iba a ayudar. Así que eso es lo que hizo. Esperó hasta las siete de la tarde y viajó con el Rosarino hasta Zárate. Ahí se había armado una conmoción porque todos los chicos esperaban su libro. Eso era lo único que a ellos les preocupaba.

Cuando llegó a Zárate y empezó a bajar los paquetes, todo se convirtió en un jolgorio. Todos contentos cada uno con su libro de lectura. ¡Esa era la preocupación fundamental! Entregó los libros y se quedó simplemente con la emoción de la experiencia tan dramática que había vivido en Plaza de Mayo, corriendo bajo las balas de los aviones. Él, que no era un forzudo, corriendo con los paquetes de libros: ¿De dónde se sacan las fuerzas cuando hay desesperación?

Compiladores

Alejandro Abate

Bibliotecario Nacional (Biblioteca Nacional) con orientación como documentalista. Estuvo a cargo del área de la Biblioteca General y de la Biblioteca del Archivo y Museo Históricos en el Banco de la Provincia de Buenos Aires y en el Centro de Documentación sobre Sustentabilidad en el Consejo Empresario Argentino para el Desarrollo Sostenible (CEADS). Realizó talleres literarios y de escritura creativa, talleres de fotografía, cine-debate e historia política argentina.

Elba Susana Belvedere

Profesora de Psicología y Ciencias de la Educación (IES Juan B. Justo). Trabajó en educación media y en el Instituto Nacional de Estadística y Censos.

Raquel Cemborain

Se desempeñó como docente y otras jerarquías en nivel primario en Alto Valle de Río Negro y amplia zona de supervisión y jurisdicción del Consejo Provincial de Educación de Río Negro. Integra el programa Abuelas Relatoras por la Identidad, la Memoria y la Inclusión Social

Enzo Constantino

Licenciado y profesor en Letras (Universidad de Buenos Aires). Docente de nivel preuniversitario y superior (UNDAV, UNLAM, UBA). Integra el programa de extensión Memorias Recientes y es coordinador del Taller de Apoyo Universitario (Centro de Innovación y Desarrollo para la Acción Comunitaria) en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

Norma Beatriz Espíndola

Psicóloga Social (Primera Escuela Privada Pichón Rivière) y participó en seminarios de investigación e implicación de sociología clínica en la Red de Sociología Clínica (Uruguay). Se exilió en Francia en 1978 y participó de acciones de solidaridad con Argentina y América latina como parte del Grupo de Mujeres Latinoamericanas en París. Trabajó en Argentina y en Brasil en asesoramiento para el crecimiento profesional y de proyectos a profesionales independientes, a pequeñas y medianas empresas así como en proyectos de fortalecimiento de economía solidaria, de comunidades y en cooperación internacional.

Marisol Fernández Rodríguez

Licenciada y profesora en Artes Combinadas (Universidad de Buenos Aires). Estudiante avanzada de la carrera de Museología en la Escuela Nacional de Museología. Se desempeña como docente de nivel medio en materias relacionadas al arte y la cultura. Ha realizado voluntariados y pasantías en diferentes instituciones vinculadas al cuidado del patrimonio. Integra el programa de extensión Memorias Recientes en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

Anabella Macri Markov

Estudiante avanzada de la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires. Actualmente se desempeña como profesora de Lengua y Literatura en nivel medio. Como investigadora, realiza sus tareas en el grupo FiloCyT (FFyL-UBA) “Régimen escópico, cuerpo, lenguaje y política en la literatura y las artes latinoamericanas contemporáneas” donde investiga sobre literatura y cine argentino contemporáneo.

Colaboró en el tomo Régimen escópico y experiencia (Argus-a, 2022). Es adscripta de la cátedra “Teoría y análisis literario” y “Teoría literaria II” e integra el programa de extensión Memorias Recientes en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

María Rosa Milo

Ha sido docente de nivel primario hasta su jubilación. Ha participado en actividades vinculadas con la lectura y la escritura.

Irma Tomba

Ha sido docente de nivel primario. Formó parte, hasta su jubilación, del equipo de gestión del colegio n.° 23 D.E 8 con una fuerte perspectiva social y comunitaria en relación a la población migrante.

Mirta Graciela Velázquez

Licenciada en Ciencias de la Educación. Se desempeñó como docente de nivel primario y secundario. Integrante del programa Abuelas Relatoras por la Identidad, la Memoria y la Inclusión Social. Trabajó en equipos de formación y capacitación del Consejo Federal de Inversiones y de equipos técnicos del Ministerio de Cultura.

Malena Velarde

Licenciada y profesora en Letras (Universidad de Buenos Aires). Se desempeña como docente de “Literatura y medios masivos de la comunicación” en la Escuela Normal Superior en Lenguas Vivas S. E. Broquen de Spangenberg y becaria doctoral de Conicet. Integra el programa de extensión Memorias Recientes en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).